

ÁNGEL CAMPOS PÁMPANO, LA ESCRITURA DE LA RAYA

Yo no tuve la fortuna de conocer a Ángel Campos. El suyo fue para mí un eco admirado cuando me incorporé, desconocedora y desorientada, al proyecto de las aulas literarias, ya que había sido precisamente el poeta profesor, el poeta traductor, el que lo había iniciado en Navalvillar de Pela, un proyecto cuyo gestor cultural, Fulgencio Parralejo, convirtió en lugar de encuentro, de generosidad y de publicación. Sus exquisitos cuadernillos eran el colofón tangible al recital, al coloquio, al encuentro al que se prestaban los autores con una disponibilidad que, recién me sorprendía. Aparentemente lejos de todo, en las para mí infinitas distancias extremeñas, autores como Jorge Márquez, Justo Vila, Basilio Sánchez y antes de mi llegada el propio Ángel Campos y Álvaro Valverde acudían a la llamada de la Universidad Popular, daban un excepcional recital y nos ofrecían su tiempo generosamente. Encuentros que se sucedían a lo largo de la geografía de la distancia, con la cercanía, la entrega, la disponibilidad que para mí siempre caracterizaron a los poetas extremeños, poetas profesores, poetas traductores, poetas que cumplían con el ejercicio comprometido de la poesía, de la difusión de la palabra en un recorrido cívico, íntimo y geográfico, el de las Aulas Literarias a lo largo y ancho de la infinitud de esta tierra.

Yo nunca conocí a Ángel Campos, me tropezaba con su rastro peripatético, con las hojas volanderas de la poesía, los cuadernillos publicados, los libros en ediciones minoritarias, las exposiciones de los pintores que ilustraron sus poemas. No hay género tan volátil como este verso suelto que tuvo la fortuna de amarrarse hermosamente en el volumen. La vida de otro modo. Poesía reunida, el libro bello que reúne los libros, la bella suma de todas sus palabras y todas las imágenes de los que fueron sus compañeros de viaje: el dibujante Fernández de Molina, el fotógrafo Corvasí..., publicado en el año 2008 por la editorial Calambur en Madrid. Absolutamente impecable en todos sus detalles, con un acertado prólogo de Ángel Lamas y una recapitulación del propio autor en el que comenta

la cronología de los poemas, el volumen es el retablo magnífico de una vida dedicada a la palabra atenta a la vida, una conjura contra la dispersión inherente al género de la poesía. Una celebración del deseo del autor de dialogar con los artistas plásticos haciendo de la palabra imagen e imagen de la palabra; un libro en suma capaz de abarcar a la persona toda, con sus deliciosas citas portuguesas de los poetas a los que tradujo desde el poeta y no desde la lengua extranjera, como bien observara otro traductor no traidor, el mexicano Sergio Pitlor quien afirma siempre que la poesía debe traducirse desde el sentimiento y no desde la lengua. Un libro sobrio, de poesía contenida, de haikus breves de pura emotividad, osadías que regresaban a la tradición, al eco compartido de la poesía con un estremecimiento reconocido:

**Ahora vendrán,
los días más azules,
el sol de la infancia.
Y la voz de la madre
que insiste en la llamada.**

Un libro de una belleza cautivadora, un auténtico regalo que apenas pudo disfrutar el poeta. Su muerte el 25 de noviembre del mismo año lo convierte en un legado doloroso, en una herencia definitiva. Los inéditos que contiene y que, según el autor, se unirían a otros para un libro posterior quedaron como la poster muestra del talento de un poeta que simbolizaba.

Charo Alonso